

UNIVERSIDAD *de* México

VOLUMEN XIII • NUMERO 5
MEXICO, ENERO DE 1959
EJEMPLAR: \$2.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

EL NOVELISTA Y SU AMBIENTE

Por Mariano AZUELA

ALLÁ por los años de 1921 y 22, cansado del anonimato, porque no obstante haber escrito, publicado y distribuido nueve novelas —entre ellas *Los de abajo*, *Mala yerba*, *Las tribulaciones de una familia decente*, que ahora son las de más éxito editorial cuando menos— el público lector se había obstinado en no reparar ni en mi nombre siquiera, me propuse en un esfuerzo final, abandonar estas actividades si por enésima vez fracasaba. Mi decisión era firme, irrevocable. La verdad es que nunca fui demasia-

do ambicioso: largos años me mantuve en la brega sin más estímulo que alguna carta privada, dos o tres renglones náufragos en el mar de líneas de un diario o una revista. En mis primeros ensayos —como todo escritor novel suele hacerlo— incurri en la candorosa de enviar mis engendros a literatos de renombre, a maestros de las letras y a cuantos mostraban interés por la cultura nacional. Recibía en

cambio juicios más o menos halagadores, inspirados seguramente por cortesía y no por merecimientos; muchos me acusaban recibo con dos o tres frases almibaradas o a menudo lugares comunes, fórmulas de cajón, francamente reveladoras de que mi obra no había sido leída ni se leería nunca.

El que da sus primeros pasos en las letras lo que menos se imagina es que sus galantes obsequios vayan a caer en los puestos de libros viejos cuando tuvieron la suerte de no servir para atizar el calentador del baño.



Mariano Azuela. "invariablemente he puesto en mis novelas el lenguaje popular"

—Foto Ricardo Salazar

SUMARIO: *El novelista y su ambiente*, por Mariano Azuela • *La Feria de los días* • *Biblioteca Americana*, por Ernesto Mejía Sánchez • *No espantéis al ruiseñor*, por Blas de Otero • *El héroe de la ciudad*, por Carlos Valdés • *Lienzos de sueño*, por Manuel Mejía Valera • *Una nueva edición de El Quijote*, por Eduardo Torres • *La era del espacio* • *Aguja de fonógrafo, aguja muerta*, por Emilio Uranga • *Siluetas del periodismo mexicano: José Alvarado, escritor político*, por Elena Poniatowska; *Los silencios de Elena Poniatowska*, por Martín Palma • *El arte francés contemporáneo en los museos norteamericanos*, por Guy Habasque • *Artes Plásticas*, por Justino Fernández • *Música*, por Jesús Bal y Gay • *Cine*, por J. M. García Ascot • *Teatro*, por Juan García Ponce • *Libros*, por Ernesto Mejía Sánchez, Huberto Batis y Carlos Valdés • *Anaquel*, por Francisco Monterde • *Dibujos* de Andrée Burg, Héctor Xavier y Gesnes Armand.

Ilustro mi aserto con un caso flagrante. Cuando se habló por primera vez en esta capital de *Los de abajo*, entre muchos de los literatos que se interesaron por conocerla estuvo mi maestro y amigo el renombrado escritor licenciado don Victoriano Salado Alvarez. Asentó que tal novela debía ser una curiosidad de bibliófilo, pues hasta entonces tenía noticia de ella. *Los de abajo*, como en otra ocasión lo dije, estuvo cinco años en la librería de Andrés Botas, centro bien conocido en la capital como en toda la República. Pero hubo algo más significativo contra el aserto de Salado Alvarez. Desde mis primeros ensayos en cuentecillos o relatos, por agradecimiento al que había sido mi maestro, acostumbraba enviarle una copia. De El Paso, Texas, donde se imprimió por primera vez *Los de abajo*, le envié a México un ejemplar. De una segunda edición hecha por mi cuenta en esta ciudad tuve cuidado de enviarle un nuevo ejemplar, dudando de que el primero hubiera llegado a sus manos en aquellos días de agitación política y militar en que los servicios públicos estaban por los suelos. Cuando ya no me cupo duda alguna de que sí había recibido mi novela fue cuando uno de mis hijos me mostró el ejemplar con dedicatoria a ese escritor de mi puño y letra. Un estudiante de preparatoria lo había adquirido a vil precio en un puesto del mercado de La Lagunilla.

Los jóvenes escritores no deben confiar demasiado en los elogios que algunos de nuestros genios locales acostumbran prodigar. Dura experiencia me señala que la obra que se regala es la que menos probabilidades tiene de ser leída. Regularmente ocurre que el libro que nos interesa lo compramos.

Repito, pues, que cansado de ser autor sólo conocido en mi casa, tomé la resolución valiente de dar una campanada, escribiendo con técnica moderna y de la última hora. Estudié con detenimiento esa técnica, que consiste nada menos que en el truco ahora bien conocido de retorcer palabras y frases, oscurecer conceptos y expresiones para obtener el efecto de la novedad.

Ejemplo típico de esa clase de literatura es el pasaje que voy a transcribir, tomado de una novela centroamericana publicada hace algunos años: "Había en un barrio de mi ciudad un notario triste y altivo, al cual los irreprimibles deseos de su hija lo llevaban a la soledad y al retraimiento. Aquella muchacha lo sonrojaba con su afán de investigar lo oculto, hacer pruebas públicas de sus recursos y desprender de nubes recién creadas los cendales más recios del misterio. Era bella, perseverante, un poco cursi y a tal grado llegó su temeridad y entusiasmo en el asunto, que de pronto se declaró una verdadera epidemia de magos. Viejas tías, muy religiosas, intentaban sacar de sus rosarios huevos azules, guantes y colibríes, caballeros responsables, de los círculos de su imaginación, zarandajas de diablitos, sabidichosas y hasta tenderos muy comedidos querían llevar sombreros de copa rellenos de conejillos, y otros tipos escrupulosos alucinaciones de la mano. Aquello era horrible. Y tanto se propuso huir el cauteloso notario de todo lo que fuera contacto con la gente de su vecindad que así acabó de echar las cuatro o seis firmas con que había de mantener en pie la economía doméstica, iba corriendo a esconderse en el

seno de los fieles amigos, al otro extremo de la urbe, donde no había que sorprender alusiones a estas cosas que siempre le parecieron obtusamente prohibidas. ¡Ah, no es justo olvidar prescindir de un detalle tan prominente como éste: de que su hija tuviera unos ojos azules y candorosos, sin embargo de parecer traslúcidos y a los cuales no sería tonto acreditar más de un milagro!"

En dos líneas cabe sobradamente esta tirada de galimatías: "una linda muchacha coqueta y casquivana con sus hechizos escandalizaba tanto a la gente de su barrio que obligó a su padre a huir de ella".

Pero no es raro que los logogrifos satisfagan la vanidad de muchos pobres de espíritu o desocupados que al descifrarlos sienten que tienen mucho talento.

Aunque creo que no llegué a tales extremos en algunas obrillas mías compuestas con técnica parecida, la verdad rigurosa es que abandoné en su composición mi manera habitual, que consiste en expresarme con claridad y concisión hasta donde mi posibilidades me lo permiten. Podría señalar algunos rompecabezas en *La*

Malhora, *El desquite* y *La luciérnaga*, que son las novelas a que me estoy refiriendo; pero ese placer se los dejo a mis enemigos para cuando estos procedimientos tontos hayan pasado totalmente de moda.

Para escribir *La Malhora* nunca tuve material más abundante y al alcance de mi mano. Desde mi infancia y en mi adolescencia conocí una gran variedad de hampones: mi padre era dueño de una tienda de abarrotes y en mis horas libres de las tareas escolares solía ayudarlo en el despacho. En ese tiempo se podía vender sin restricciones fiscales ni de ninguna otra especie, desde un cuarterón de frijol hasta una vara de manta, una libra de manteca o un cuartillo de petróleo o una botella de aguardiente catalán. Y también copas: los borrachos hacían en el propio mostrador su consumo, menudeándola a su placer, en charlas con sus amigos hasta que se aburrían lo mismo que en cualquier cantina. Así aprendí su vocabulario, sus gestos, sus maneras, su calor. Más tarde perfeccioné estos conocimientos en mis correrías de revolucionario, conviviendo con hampones venidos de los cuatro puntos cardinales. Y cuando fui médico de venéreas en el Consultorio número 3 de la Beneficencia Pública, enclavado en las mismas entrañas de Tepito, nada me quedaba por aprender.

Por esos días habitaba una casona al oriente del jardín de Santiago Tlaltecólco y mi clientela estaba formada por gente de Peralvillo y de Tepito o sea de Fray Bartolomé de las Casas, flor y nata del hampa metropolitana. Con cierta frecuencia era solicitado para impartir mis servicios de médico a la rinconada de Santa Anna, a inmediaciones del templo de la Conchita, bien pasadas las diez de la noche. Pero aquella fauna de bichos torbos y siniestros jamás me tocó ni me ofendió de palabra siquiera. Todo el mundo de aquel rumbo me conocía. A diario me veían pasar cruzando el mercado de Tepito de paso a mis quehaceres de Beneficencia. Solía encontrarme a muchos infelices, de ambos sexos, tendidos en las banquetas, durmiendo plácidamente su ebriedad, acariciados por los tibios rayos del sol de la mañana, a eso de las ocho o nueve. Fui testigo de riñas callejeras, sobre todo entre hembras de pelo en pecho. Por lo pintoresco de sus luchas, muchas veces me detenía: en medio de un ruedo de espectadores, graves, austeros como el devoto creyente que está oyendo su misa, después de cambiar entre sí las invectivas más soeces, se agarraban de la greña, se pegaban, se mordizqueaban hasta rodar por el suelo ensangrentadas y dándose de moquetes. A mi regreso, el espectáculo era muy otro. Poco después de las diez de la mañana, cuando las parejas de gendarmes cuidaba el orden, había grandes ruedos de gente detenida a su paso por los voceadores de papeles impresos —caballeros de guarache, calzón blanco y sombrero de palma al estilo de los Altos de Jalisco— recitando con voz de sochantre el último corrido, la oración del Justo Juez o el caso espeluznante de la hija que le pegó a su madre y a la que Dios castigó ejemplarmente haciendo que en esa mano sacrilega naciera una mata de cabellos.

Con elementos de esa naturaleza compuse *La Malhora*. Con tenacidad procuré conservar, a pesar de las novedades del precedente, algo que bueno o malo

(Pasa a la pág. 8)

Esta Revista no tiene agentes de suscripciones

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:
Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:
Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:
Jaime García Terrés.

Coordinador:
Henrique González Casanova.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00
Suscripción anual: " 20.00
Extranjero: Dls. 4.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año.

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES, DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—UNIÓN NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS. FÁBRICA DE CHOCOLATE "LA AZTECA, S. A."

Para su pequeña mentalidad burguesa fue incomprensible que el futuro amo del mundo necesitara *préstamos* en su campaña política. Borrará de la tierra a su raza.

Algún día los hombres de todas las naciones me proclamarán su señor único. Los sacerdotes se disputarán el honor de ungirme soberano. Mis enemigos preferirán ayes de dolor, suplicando misericordia a gritos. Seré sordo a todas las súplicas: el buen gobernante es generoso en el castigo y parco en el premio.

Desde mi balcón imperial arengaré a los súbditos. Halagaré a la multitud; le prometeré que será feliz dentro de un plazo indefinido, de otro modo protestaría cuando le racione el pan. Tener amo es un lujo, pero esos malagradecidos ni siquiera comprenden los sacrificios que el Príncipe hace por sus súbditos. Yo les diré:

—Mañana habrá pan en abundancia. Ahora diviértanse frente al cadalso hasta que muera el último de nuestros enemigos.

v

Carta de Corina al héroe:

Su carta me ha seguido por todo el país. Y hasta hoy, después de tanto tiempo, la he recibido.

Como conseguí un empleo de visitador penal no puedo desperdiciar un solo día. Aprovecho mi precioso tiempo yendo de un lugar a otro. Ahora se ve cumplido el ideal de mi vida: proporcionarle consuelo a todos los criminales del país. Le aseguro que no tengo preferencias injustas. Ladrones, asesinos, falsificadores, y toda clase de delincuentes, reciben mi amor por igual. Admiro a quienes son capaces de realizar sus deseos. La depravación es la única actividad verdaderamente heroica. La gente que nunca ha tenido el valor de cometer pecados, sólo merece mi desprecio. Todos ellos son unos hipócritas que ocultan su debilidad detrás de una máscara de afectada virtud.

Confieso que me extrañó mucho recibir su carta. Los prisioneros nunca se acuerdan de mí, a no ser que busquen una cómplice en el exterior para la fuga. Pero yo no les ayudo; los prefiero en la cárcel, donde están siempre a mi disposición. Si los ayudara a escapar, jamás los volvería a ver.

Su carta me ha desilusionado terriblemente. He sido víctima de un engaño. Ya no se puede tener confianza en las sentencias de los jueces. Usted debería estar en un manicomio. Me repugna pensar que me he acostado con un loco en lugar de con un ladrón.

Hace mucho creía que los locos visionarios (casi siempre estafadores) pertenecían a la misma clase de los ladrones hechos y derechos. Pero me equivocaba. Tuve una amarga experiencia. Conocí a un tipo que se hacía pasar por enviado del Señor. Yo le ayudé a realizar las colectas pensando que huiría con el dinero, pero no. Antes de pegarse un tiro, entregó el producto de sus estafas al asilo de pobres.

Amigo mío, ahórrese sus promesas; no soy una niña. Sólo encontraría a su lado el asco moral. Entre usted y un político no hay mucha diferencia. Sólo que ellos son más astutos; no suelen sorprenderlos con las manos en la masa.

EL NOVELISTA Y SU AMBIENTE

(viene de la pág. 2)

he puesto invariablemente en mis novelas, el lenguaje popular intencionalmente usado hasta en aquello que sólo tiene de narrado por mí mismo, cosa que a menudo la crítica tradicional me ha vituperado, pero que no sé porqué con igual facilidad que me entra por un oído se me escapa por el otro.

Es el caso de una muchacha levantada en el arroyo: su tragedia es la tragedia vulgar de esos seres nacidos en el estercero que a los primeros rayos del sol se marchitan y mueren: se trata de Altagracia, llamada por mal nombre "La Malhora", nacida con la herencia de muchas fallas físicas y mentales, madurada con la educación y moral de los hampones metropolitanos. Brutalmente violada por uno de ellos cuando apenas comienza a ser mujer, acaba de perder los restos de equilibrio que le quedan y bajo la obsesión abrumadora de la venganza forja una vida destinada al asesinato del hombre aborrecible que tronchó de su tallo la flor en botón apenas. Pero el golpe le falla y los papeles se invierten: el culpable es ahora dos veces culpable y consume nuevo crimen con crueldad y maestría para que no quede huella alguna de él, embriaga a su víctima e, indefensa, después de desnudarla la deja tirada en una cruda helada de enero.

Con esta previa aclaración viene en seguida una escena:

"Esposas, mordazas, resortes de acero en la nuca invertida. Hierro, frío, carne, huesos, todo una. Enfrente el de los cabellos crispados con otra cabellera de sangre líquida en el extremo agudo de su puñal. Ella además. Sí, ella con sus dientes de porcelana y su estridente risa de loba. ¡Ella! ¡Y no poder estrangularla siquiera!

Fue cuando las ramas abiertas del abre-boca le desgranaron los maxilares haciéndola retraer los ojos dentro de sus hornacinas. Las quijadas chocan, las alas de la nariz se repliegan horrorizadas.

—No... ¡ya no! ¡Piedad! ¡Que no quiero ya!...

Cuando ésa, la de los dientes de loba, no le quita su risa de berbiquí de enmedio del corazón.

—Que no... que no quiero... que mejor me dejen morir...

Un momento de eternidad o de tre-gua... oscuridad y silencio de un cerebro apagado.

Y vuelve: el mismo film que se repite una, diez, cien y miles de veces... Allí, muy lejos, una voz muy sorda:

—¡Animo, ánimo!... Ya vuelve en sí... Otro traguito... Un traguito más...

—¡Que no quiero!

Los muros deberían retemblar a los gritos. En realidad sólo son unos pobres labios exangües que se remueven en vago e ininteligible murmullo.

Las fricciones de hielo vuelven a rubricar el mármol lívido de sus carnes heladas. Abrebocas, pinza de lengua, respiración artificial y un gran suspiro de desahogo:

—Bendito sea el Señor, la hemos salvado... Animo, mujer, otro poquito de vida que le devuelva el calor.

La voz de una dama piadosa y ociosa y redentora de muchachas descarriadas.

—Que no quiero vino... que no y que no... ¡Madre mía de la Conchita, yo te juro que no he de volver a probar gota mientras... mientras... mientras...

Y se calla agotada otra vez.

Pero ya Altagracia, La Malhora, se ha salvado."

Daba los últimos toques a esta novela cuando como por milagro se me presentó la oportunidad más feliz para la realización inmediata de mi anhelo. Algunos jóvenes literatos convocaron a un concurso de novela con el premio... fabuloso de cien pesos!... En ese tiempo la novela era género poco o nada cultivado en nuestro medio: por lo que concebí las más fundadas esperanzas de un éxito. El honorable jurado presidido por el famoso polígrafo licenciado don Alfonso Teja Zabre acabó de darme ánimo. Mi éxito estaba asegurado. En efecto, obtuve una sorpresa como pocas he tenido en mi vida de viejo batallador: el Jurado declaró desierto el concurso.

No vacilé un momento más e hice una fogata con cuantos papeles tenía referentes a las letras. Y cuando más dudé de mi capacidad para la novela, brusca e inesperadamente vino el éxito. Habían transcurrido algunos meses de mi auto de fe; adolorido todavía, pero ya dedicado en mis ocios a cultivar humanidades, en lo que sí fui y sigo siendo un lego, ora por aversión o indolencia, ora por que mis deberes profesionales no me permitían esa clase de estudios y posteriormente en estos últimos años por la pereza propia de la larga edad. Estaba, pues, muy entretenido con el teatro de Sófocles, Eurípides y Aristófanes, ya en franca convalecencia cuando Gregorio Ortega en entrevista con el poeta Rafael López obtuvo un consumado elogio de *Los de abajo*. Pocos meses después Francisco Monterde atrajo más poderosamente la atención de los escritores y del público sobre dicha novela, resultando que por camino distinto del que yo había seguido se realizaron mis deseos. Reincidí inmediatamente como era de preverse; escribí *El desquite*, otra pequeña novela con la misma técnica usada en *La Malhora* y mucho más acentuada en el procedimiento. La publicó una revista literaria y recibí cincuenta pesos como pago de derechos de autor. *La Malhora* que no tuvo mención alguna en México fue bien acogida en el extranjero. Conservo recortes de lo escrito sobre ella por Alfonso Masseras y por Valery Larband que me aliviaron mi tristeza de haber perdido los cien pesos del concurso de marras. *El desquite* en cambio no obtuvo éxito ni en México ni fuera de México, por lo que, con esa tenacidad que en opinión de algún crítico teatral caracteriza mis merecimientos de escritor, compuse en seguida otra *La luciérnaga*. Nunca me estimularon los éxitos y siempre fueron mi acicate los fracasos. Vencer los obstáculos que estorbaban mi camino ha sido quizá uno de mis más grandes placeres y la crítica apasionada e injusta me regocija y me hace reír con rara euforia.